

La mesa del domingo

*www.seculorum.es. Tertia Opera. Año XV N° 03
Domingo Ordinario 2. Ciclo -C- 17 de enero de 2016*

La Hora de Jesús: El vino nuevo

Después del tiempo de Navidad, al comenzar el Tiempo Ordinario, la liturgia atiende siempre al comienzo de la actividad de Jesús. En el ciclo C, sin embargo, no lo hace directamente con una cita de Lucas, que es el evangelio que corresponde a este ciclo; tampoco atiende al comienzo de la predicación de Jesús; toma del capítulo 2 de San Juan el relato de las Bodas de Caná. Asistimos a la revelación de Jesús por medio del ruego de su Madre; y esa revelación es su hora, su entrega, su donación.

*El contexto es una fiesta de alianza, una boda en Caná. El evangelista menciona por una parte a la Madre y por otra a Jesús y los discípulos. Juan, que reconoce un vínculo especial con María, no la llama por su nombre; resalta su papel de Madre, la misión divina de ser la Madre de Jesús, del Hijo del Padre, y la de ser la Madre del discípulo, de la comunidad cristiana, Madre de la comunidad postpascual de Jesús. Al principio del texto, la voluntad de la Madre y la del Hijo no concuerdan. Ella traslada a Jesús un tema material, un asunto de avituallamiento. Aun cuando supone un grave problema para quien organiza una fiesta nupcial, que duraba varios días, quedarse sin vino, Jesús no se lo toma como una cuestión de suministro (podían haber ido a buscarlo a otro sitio); Jesús entiende que su Madre se refiere a otra cosa y le responde en consecuencia: *Todavía no ha llegado mi hora*. El tema de “la hora” recorre todo el evangelio de Juan. “La hora” significa en el cuarto evangelio el momento de la cruz, el momento de dar la vida, de entregarse para la salvación del mundo. Es por tanto, una expresión de contenido soteriológico. Y Jesús le recuerda a la Madre que ese momento no ha llegado todavía. Ella no discute pero obra ignorando la respuesta de su Hijo y encarga a los sirvientes *haced lo que él os diga*. Jesús cede y pide agua; seiscientos litros en las tinajas del ritual del judaísmo. Desde aquí, el texto enfrenta el judaísmo con lo que Jesús nos trae y revela.*

Jesús no realiza ninguna acción ni pronuncia palabra alguna sobre las tinajas. Solo encarga que le lleven su contenido al mayordomo. Y el mayordomo prueba y es vino. Es un vino nuevo, un vino mejor que el anterior. Las tinajas son figura literaria del judaísmo, que sin Jesús contienen agua; Jesús transforma el judaísmo en vino, en vino nuevo y bueno. El judaísmo ha terminado; se inaugura un tiempo nuevo, un tiempo en el que el protagonismo es de Jesús. El vino de las tinajas es el vino de “la hora” de Jesús; lo que antes se resistía a dar, ahora ha cedido y lo ha hecho: Jesús se entrega ya, se da ya en ese momento como en el momento de la cruz: La salvación ha llegado con Jesús.

En el acontecimiento hay dos planos de conocimiento: el de la escena y el del lector. Juan hace que en la escena no se conozcan muchos detalles que el lector sí conoce. Por eso se da el error del mayordomo, que atribuye el vino nuevo al novio; no sabe que viene de Jesús. Los discípulos, que saben tanto como el lector, saben y conocen el origen del vino nuevo. Este es un elemento fundamental en el plano interpretativo de la narración: el vino es Jesús entregado y es en sí mismo el fruto de la salvación obrada por él. La salvación, por tanto, está en él; quien no le reconozca a él no puede entender su donación ni la obra de la salvación; tal es el caso del mayordomo, de los novios, de los invitados... La Madre, los discípulos y Jesús son los que en la escena conocen la verdad. Se asoma a ella quien reconoce la procedencia del vino, se asoma a ella el lector que cree en Jesús.

La primera lectura nos ayuda a interpretar mejor el evangelio. En la escena sale una boda, pero conocemos este pasaje como “las bodas de Caná”, en plural. Y es que, en el significado profundo, hay otra boda que no se ve: La entrega y donación de Jesús en el vino es la Nueva Alianza que Dios hace con la humanidad. Jesús es el novio, que desposa a la comunidad de los discípulos, a la Iglesia, a la humanidad nueva que ha abierto para el Padre con su encarnación y su nacimiento. Nosotros pertenecemos, pues, a la esposa de Jesús: la Iglesia.

P. Juan Segura.